

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Jesús Silva-Herzog Márquez (1999),
El antiguo régimen y la transición en México,
México, Planeta/Joaquín Mortiz, 150 p.

Jesús Silva-Herzog Márquez nos presenta lo que parece ser su primer libro formal. Según lo informan las solapas del texto titulado El antiguo régimen y la transición en México, el autor estudió derecho en la UNAM y maestría en ciencia política en la Universidad de Columbia en Nueva York. Antes de esta obra, ha publicado varios ensayos en la revista Nexos, uno de los cuales, "Memorias del ornitorrinco", publicado en febrero de 1994, obtuvo mención en el certamen Carlos Pereyra 1993 y es antecedente del volumen que se reseña. Además, le conozco la publicación del número 9 de los Cuadernos de Divulgación del Instituto Federal Electoral, titulado Esferas de la democracia (1995). Es conocido además por sus colaboraciones semanales en el diario Reforma, las cuales son reproducidas en varios periódicos del país. Esta información nos muestra que, a pesar de su juventud, el autor es un politólogo con formación y oficio, que se ha destacado como uno de los analistas políticos de la actualidad mexicana.

El libro El antiguo régimen y la transición en México, según palabras del autor, trata de una travesía que no encuentra tierra firme: la transición mexicana a la democracia. Se trata de un ensayo político con dos propósitos fundamentales: 1) "narrar la historia de nuestro camino reciente" y 2) "hablar del espíritu de la transición". Sobre los alcances de la obra, Silva-Herzog anuncia en el prefacio que "no aspira a envolver a cada uno de los elementos de este teatro". Coincidiendo asimismo con su advertencia de que esta obra no es un tratado académico sobre la materia, sino más bien "una excursión desordenada por las tierras del presente y el reino de las ideas" (p. 14) relativas al presente y al futuro político de México. De acuerdo con los

dos propósitos enunciados, la obra se divide en dos partes: una que versa sobre lo que Silva-Herzog Márquez denomina "el antiguo régimen" y la segunda sobre la transición mexicana a la democracia.

Entre los rasgos que considero distintivos de la caracterización que Silva-Herzog Márquez hace del pasado reciente de México está primeramente el símil del ornitorrinco (un animal ovíparo pero mamífero, que tiene patas y pico de pato, pero también pelo y carece de plumas) para señalar lo *sui generis* del sistema político mexicano. "Como ocurre con el ornitorrinco, el retrato del régimen mexicano resulta una criatura repleta de peros. Autoritario pero civil; no competitivo pero con elecciones periódicas; hiperpresidencialista pero con una larga continuidad institucional; con un partido hegemónico de origen revolucionario pero sin una ideología cerrada; corporativista pero inclusivo" (cursivas del autor). El sistema político mexicano, según lo muestra el escritor, parece democrático pero no lo es.

El segundo distintivo de la caracterización que hace el autor se puede resumir en su calificativo de "antiguo régimen". Según Silva-Herzog, el sistema político mexicano hiperpresidencialista, de partido hegemónico, ya no existe, es cosa del pasado. Dicho antiguo régimen fue "una gran confederación de ficciones" entre las que se cuentan: "el mito de la revolución coherente que desemboca en un partido, la comedia de votos que no eligen, la simulación de la legalidad, el congreso virtual y la presidencia sin sombra" (p. 46). El animal raro está muerto. Su muerte ocurrió, nos informa Silva-Herzog, en 1994. En dicho año, tras el levantamiento guerrillero en Chiapas, después del asesinato del candidato oficial y ante las terribles amenazas que ensombrecieron las elecciones federales, el bloque autoritario se vio forzado a soltar las riendas del proceso (p. 57). De este modo, a diferencia de la democratización de otros países, la transición mexicana se llevó a cabo sin muertes emblemáticas, sin elecciones fundadoras, sin congresos constituyentes ni grandiosas movilizaciones, sin ceremonias de alternancia (p. 54).

¿Dónde estamos entonces los mexicanos? La segunda parte del libro está dedicada a dilucidar la transición mexicana. Contiene varios elementos polémicos que reclaman una mayor discusión.

Primeramente, el autor nos habla de que no se trata de una transición sino de una "mutación". Los que tenemos actualmente en

México es un "autoritarismo mutante". Esta diferencia entre transición y mutación, sin embargo, no es suficientemente definida, ni explicada en el libro. Aventurando una interpretación, pudiera decirse que no es transición porque no llega a la democracia; no se trata, según el escritor, de un simple cambio accidental y es mutación porque es irreversible (al menos eso sugiere el símil biológico). Si ya no estamos en el antiguo régimen y no arribamos a la democracia ¿dónde estamos entonces? Silva-Herzog Márquez bautiza al sistema mexicano actual como "transitocracia". Nos habla de que los dirigentes resolvieron acampar a la mitad del puente y México se ha estacionado en la transición. Se trata de "un sistema político con un amplio pero irresponsable pluralismo en donde los actores políticos adquieren el poder para bloquear las acciones de los adversarios pero carecen de la determinación para actuar en concierto" (p. 63).

Segundo, el autor nos advierte que la gran amenaza de la transitocracia es la instauración de una política de venganzas. Un aire jacobino envuelve el clima de la transición mexicana; "jacobino por apelar a la higiene de la guillotina, por la devoción por lo simbólico, por desconocer la ética de la moderación, por la ilusión de hacer historia como en una hoja en blanco." (p. 78). La imagen que retrata mejor este jacobinismo, según el autor, es el intento de prohibir al PRI el uso de los colores de la bandera nacional. Subraya el agravio innegable que se da en la apropiación que un partido hace del patrimonio común, pero lo que se pretendía era decapitar al PRI. De lo que se trata es de disfrutar a solas del exquisito placer de humillar al opresor, el deleite de decapitar al tirano en efigie (p. 82). Ante esto, Silva-Herzog Márquez propone "amnistía sí, amnesia no".

Como tercer elemento de la transición mexicana, el ensayista asienta que dicha transición padece de "democratismo". El democratismo es para el autor la enfermedad infantil de los demócratas, es la charlatanería democrática. Como el proletariado en el libreto marxista, el determinismo democrático también tiene un personaje predilecto: la sociedad civil. En la democracia cándida la sociedad civil es una, tiene un rumbo y una causa; tiene también un enemigo y ese es el Estado perverso (p. 89). Ante esto, afirma que la transformación más significativa, el cambio más promisorio de la política mexicana en los últimos años, se ubica en la sociedad política y no

la sociedad civil (p. 93). Según este libro, hacen falta "partidos políticos serios"; el verdadero peligro no es la partidocracia sino su opuesto: la tentación fujimorista de liderazgos que se pretenden colocar por encima de los partidos y que tienen la intención de convocar directamente a las masas escapando a los filtros de las instituciones representativas. Para apoyar la construcción de partidos serios, el autor se pronuncia por la reelección de los legisladores. En referencia a los tres principales partidos actuales, señala que el PRI se mueve, pero ya no existe; que el PAN es la organización más madura en términos institucionales, pero es un partido incoloro; que el PRD es un partido vivo que atrae el entusiasmo y la imaginación de millones de mexicanos, que representa el papel del inmaduro perpetuo y que tiene todavía por delante la tarea de su republicanización. Además, para desterrar la fantasía del democratismo, Silva-Herzog Márquez dice que está convencido de que el proyecto de desarrollo para México debe ser esencialmente liberal, pero que precisamente por ello necesita un Estado fuerte. La reconstrucción de éste se liga con el gran proyecto nacional de la legalidad. El escenario actual parece ser el de una democracia de baja intensidad, una democracia epidérmica. Un sistema político en donde se cuentan los votos, las asambleas legislan y controlan al ejecutivo, pero en donde, por la precariedad del Estado, avanzan al mismo tiempo los territorios rojos de la violencia. (p. 116).

Por último, Silva-Herzog Márquez apunta la carencia de liderazgos a la altura de los requerimientos de la transición mexicana. La maldición del antiguo régimen es que la clase política mexicana que surgió de él es "liliputense". Los políticos mexicanos de fines del siglo xx parecen pigmeos. (p. 125). No hay, en el gobierno mexicano, esa intuición histórica, ese olfato de futuro que es el ingrediente esencial del estadista. Ninguna fuerza política es capaz de imaginar a México en veinte años. Estamos atrapados en la rebatinga de la inmediatez. Hablar del peso de los liderazgos significa, nos dice el autor, que el modo en que un régimen democrático se establece depende, a fin de cuentas, de los entendimientos que logran los diversos dirigentes políticos. El registro de las democratizaciones recientes es indisoluble de las grandes movilizaciones sociales y de los grandes hombres: Mandela, Havel, Walesa, Suárez. La centralidad de las élites

deviene del hecho de que las transiciones a la democracia son negociadas (p. 130). Los políticos mexicanos de la transición han sido ciegos para ver, en el vientre de este tiempo, la gestación del futuro. Los líderes de las oposiciones han sido incapaces de articular un proyecto político que vaya más allá de las consignas antipriístas. Además, desde Reyes Heróles no ha habido dentro del PRI imaginación política para ganar el futuro. (p. 132).

En resumen, Silva-Herzog nos presenta una situación de orfandad. Ha concluido la transición porque el antiguo régimen ha muerto. Pero, a pesar de vivir una atmósfera política pluralista, no vivimos, bajo ningún concepto, en una democracia consolidada. Su consigna final es que "la tarea de nuestro tiempo es la consolidación de la democracia mexicana" (p.138). Lo que exige el momento es revisar integralmente el texto de la constitución. La tarea urgente es robustecer a la sociedad política y eso sólo se logra con la distribución de las cargas. La "desestatización" de México no es la solución, es el problema. La reforma institucional, la maduración de la sociedad política, la construcción de una ciudadanía efectiva son asuntos vitales para la salud de la república. Sin embargo, Silva-Herzog Márquez advierte que "el peligro de la reversión autoritaria ya es perceptible y que el autoritarismo puede regresar a México pero, si llega, se hará llamar democrático". (p. 150).

Hasta aquí he presentado una síntesis del trabajo. Permítaseme ahora hacer algunos comentarios buscando señalar los que, según mi perspectiva, son las fortalezas y las debilidades de este trabajo.

El libro de Jesús Silva-Herzog Márquez, *El antiguo régimen y la transición en México*, se ubica dentro de la socorrida tradición mexicana del ensayo político. Dentro de esta escuela ha habido trabajos tan destacados como el de Enrique Krauze titulado *Por una democracia sin adjetivos*, o el de Gabriel Zaid, *Escenarios del fin del PRI*, por mencionar sólo dos casos. El trabajo de Silva-Herzog nos presenta un diagnóstico de la situación política mexicana durante los últimos tres años de la presidencia de Zedillo, después de las elecciones de 1997 y antes de las del 2000, caracterizado por un presidente disminuido, un congreso dividido y partidos políticos que no han podido remontar sus insuficiencias.

A diferencia de sus antecesores, y en esto radica uno de los puntos polémicos, este trabajo se pronuncia por que la transición ya ha sido consumada. El ornitorrinco ha muerto. Pero no ha sido transición democrática, sino sólo mudanza a lo que el autor llama la transitocracia y al democratismo. Tratándose de un ensayo y no de un trabajo académico, resulta difícil argumentar esta posición sin recurrir a definiciones y precisión de términos y conceptos. El libro, sin embargo, lanza estas posiciones sin definir adecuadamente los términos que emplea. Si por autoritarismo entendemos lo que no es democracia, seguimos entonces dentro del autoritarismo. El ensayista parece insinuar que vivimos dentro de un "pluralismo autoritario" que él bautiza como "transitocracia". Hasta ahora, los cambios y mutaciones en México se han hecho evidentes en los procesos electorales federales de cada tres años. Me pregunto hasta qué punto se sostendrá la tesis de la transitocracia de Silva-Herzog después de las elecciones del 2000 y las del 2003. ¿Seguiremos entonces, según el autor, en la transitocracia?

También resulta sumamente audaz declarar muerto e inexistente al PRI. El supuesto de que este partido ya fue separado del Estado me parece poco evidente. Si bien ha perdido vínculos y apoyos, creo que la simbiosis aún se mantiene tanto en el ámbito nacional como en la mayoría de las regiones del país. Por disminuida que esté, el PRI controla aún la presidencia y queda por verse si todavía está dispuesto a dar ese paso final que sería la alternancia en la presidencia de la república. Desafortunadamente, Silva-Herzog no toca el tema de la alternancia en la presidencia de la república y, puesto que el antiguo régimen ya no existe, parece restarle importancia o relevancia. Este es, considero, uno de los puntos débiles de su argumentación: considerar consumada la transición o mutación mexicana sin discutir el tema de la alternancia presidencial.

Una fortaleza del libro son las propuestas que contiene para avanzar en la transición. Sin embargo, sus proposiciones están sólo enunciadas y no son desarrolladas de manera suficiente. Coincido con el autor en que se requiere un pacto de élites, una nueva constitución, líderes con estatura de estadista, partidos más serios e instituciones más fuertes.

Por otra parte, el libro contiene una serie de provocaciones que pudieran constituir materia de muchos debates. Entre otros, están los siguientes tres puntos:

1. Habla de la existencia de un jacobinismo, una especie de cacería de brujas contra el antiguo régimen. Esta percepción resulta extraña cuando no se ha dado un nuevo régimen y cuando la misma clase política continúa en las posiciones clave del poder. Una visión alternativa pudiera ser que la transición mexicana no se ha consolidado precisamente porque no se ha dado todavía una ruptura con el antiguo régimen y su lentitud obedece precisamente a la benignidad y lenidad con los sostenedores del régimen autoritario. Resulta exagerado que el intento fallido de la oposición de remover los colores de la bandera del logotipo priísta le parezca al autor una campaña jacobina. Aceptando sin conceder, sería en todo caso un jacobinismo que no está en el poder. Ahora bien, la transición exige cambios tanto substanciales como simbólicos y esto incluye la eliminación de privilegios políticos concedidos en el antiguo régimen. ¿O no es así?
2. Silva-Herzog habla de una polarización de fuerzas que causa parálisis e inmovilismo político, pero no identifica los dos polos paralizantes. Habría que señalar con nombres los dos extremos de la polarización. ¿La parálisis se produce por la polarización entre PRI y oposición? ¿O es PRI y PAN contra PRD? ¿O PRI y PRD contra PAN? ¿O, contra las leyes de la física, se trata de una tensión entre tres polos? Una tesis alternativa sobre la situación mexicana actual es que la existencia de tres partidos o fuerzas principales funciona a favor del PRI que se autocalifica como de centro y aprovecha en su favor las pugnas y descalificaciones mutuas entre el PAN y el PRD. Cuando la segunda fuerza amenaza o se acerca demasiado al poder, siempre puede recurrir a fortalecer a la tercera fuerza a fin de debilitar a la segunda y continuar en la posición hegemónica. Así es como ha operado en los noventa. Entonces la lentitud de la transición pudiera también atribuirse a la falta de suficiente polarización entre las fuerzas.
3. El ensayista se pronuncia repetidamente por la democracia y la transición democrática; sin embargo, no muestra el entusiasmo

y la decisión de otros ensayistas políticos en este renglón. Pudiera decirse que receta sin mucha convicción el sistema democrático a sabiendas de que el paciente no va a seguir sus instrucciones. Aquí cabría preguntarse si será esta una actitud de realismo que hay que agradecerle al autor o si más bien no nos estará con esto desalentando la transición democrática echando a perder la fiesta antes de comenzarla. Su descalificación del papel de la sociedad civil parece desmesurada. Coincido en que los principales cambios que requiere el sistema político mexicano se ubican en la sociedad política, pero no concibo una transición democrática que no conlleve además el fortalecimiento de la sociedad civil y sus organizaciones. En este sentido, Silva-Herzog no sólo se burla de los idealistas de la democracia y la sociedad civil, sino que en la última frase del libro vaticina el retorno del autoritarismo. Pues, ¿qué no es irreversible ya la mutación mexicana?

Nicolás Pineda Pablos*

* Investigador de El Colegio de Sonora. Se le puede enviar correspondencia a Obregón 54, Centro, C. P. 83000, Hermosillo, Sonora. Tels. 01 (62) 12-65-51 y 17-33-38. Correo electrónico: npineda@colson.edu.mx